



AUTORES

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE NOVENO TOMO.

ESPAÑOLES.

SRA D.^a MARÍA DEL PILAR SINUÉS.—D. JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.—D. ANTONIO DE TRUEBA.—D. FLORENCIO JANÉR.—D. RAIMUNDO DE MIGUEL.—D. CÁRLOS PRAVIA.—DON EDUARDO THUILLIER.—D. TEODORO GUERRERO.—D. MANUEL OSSORIO Y BERNARD.—DON MANUEL JOAQUIN PASCUAL.—D. CAYETANO VIDAL Y VALENCIANO.—D. JUAN RICO Y AMAT.—D. JOSÉ CABIEDES.—D. A. PLANELL

Y ARGÜELLES.—D. RICARDO SEPÚLVEDA.—DON RAMON SEGADÉ CAMPOAMOR.—D. PEDRO DOMINGO MONTES.—D. VENTURA RUIZ AGUILERA.—D. A. ANGUIZ.—D. ENRIQUE GASPAR.—D. R. TEJADA Y ALONSO MARTINEZ.—D. TEODORO UGARTE.—D. ENRIQUE M. REPULLÉS.—PÉREZ DE LIÉBANA.—D. LUCIANO GARCÍA DEL REAL.—D. CÁRLOS FRONTAURA.

EXTRANJEROS.

BOSSUET.—ADDISON.—TH. LEHRUN.—JHON AIKIN.—LA BRUYERE.

DIBUJANTES.

SRES. PADRÓ (D. TOMAS Y D. RAMON).—SANCHEZ.—MARTINEZ HEBERT.—GIMENEZ.—MELÉNDEZ.—ESPÍNOLA.—SALA.

GRABADORES.

SRES. BÚRGOS.—CAPUZ.—TORO.—MARTINEZ HEBERT.—MARIE.—ARRUFAT.—TRÁVER.—MASI.—SADURNÍ.



Precio de la suscripcion..	Madrid.	3	pesetas trimestre,	5,50 semestre,	10 año.
—	Provincias.	3,75	—	7	— 12,50 —
Precio del número suelto..	Madrid.	0,50	—	Provincias.	0,50
Precio del tomo encuadernado.	—	6	—	—	7,50

América, 5 ps. fs. 50 centavos año.—Extranjero, 20 fs. año.

MADRID, 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a (sucesores de Rivadeneyra).

INSTRUIR DELEITANDO

LOS NIÑOS

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO

PREMIADA EN LA EXPOSICION DE VIENA DE 1873,

PUBLICADA Y DIRIGIDA

POR

D. CARLOS FRONTAURA.

CON LA COLABORACION

DE LOS MAS DISTINGUIDOS ESCRITORES Y ARTISTAS



TOMO IX.

(CONTIENE LOS NÚMEROS DESDE 1.º DE ENERO HASTA FIN DE JUNIO DE 1874.)

AÑO V DE LA PUBLICACION.

MADRID,
ADMINISTRACION DE LOS NIÑOS Y DE LA PRIMERA EDAD,
PLAZA DE MATUTE, NÚMERO 2.

MDCCCLXXIV.

INSTITUTO VENEZOLANO DE INVESTIGACIONES LINGÜÍSTICAS Y LINGÜÍSTICAS

LOS NIÑOS

DE LA LENGUA VENEZOLANA

DE LA LENGUA VENEZOLANA

DE LA LENGUA VENEZOLANA

DE LA LENGUA VENEZOLANA

DE LA LENGUA VENEZOLANA



DOS PALABRAS.

Con el presente número da principio el tomo IX del periódico Los Niños.

Permitan nuestros jóvenes lectores que recordemos en este lugar algo de lo que hemos hecho, como prenda de lo que hemos de hacer.

Una publicación periódica, que alcanza en España lo que Los Niños se enorgullece de haber alcanzado, es ya una necesidad en la familia, un amigo que la acompaña y la recrea en muchos momentos de soledad y de dolor. Los niños españoles nos conocen demasiado para que puedan desconfiar de nosotros: saben perfectamente que sin la severidad del maestro les hemos enseñado una multitud de cosas que desconocían, y los niños españoles no son ingratos. Su favor, siempre creciente, hubiera recompensado con grandes beneficios

nuestras tareas, si la triste situación de la patria no lo hubiera imposibilitado.

Sabemos de muchos niños que han preferido la adquisición de nuestro periódico á la de toda clase de juguetes; sabemos de otros incansables propagandistas de nuestra publicación, que quisieran verla en todas las casas de sus amigos; muchos costean la suscripción con sus propios ahorros: todos se divierten con sus cuentos, copian sus láminas, aprenden sus versos y conocen que insensiblemente hemos ganado su voluntad hasta el extremo de hacerles aprender lo que ni siquiera tenían paciencia para leer en los libros de texto.

Este resultado que hemos obtenido es el mejor premio á que nuestra perseverancia pudiera aspirar, y mucho más grato para nosotros que los

elogios, — que, sin embargo, agradecemos en el alma, — de los periódicos políticos y el triunfo que en la Exposición universal de Viena hemos conseguido.

Los ocho tomos publicados son la mejor garantía del cumplimiento de cuantas promesas hicimos. En ellos, á costa de esfuerzos y sacrificios de todas clases, hemos conseguido que figuren escritos autógrafos de las señoras Gomez de Avellaneda, Fernan Caballero y Grassi, y de los señores Nuñez Arenas, Cañete, Marqués de Molins, Hartzenbusch, Lafuente, Rios Rosas, Tamayo y Baus, Conde de San Luis, Fernandez-Guerra, Monlau, Trueba, Rodriguez Rubí, Cánovas del Castillo, Sanz (D. E. F.), Campoamor, Flores, Cueto, Cortina, Mañé y Flaquer, Romea, Breton de los Herreros, Ochoa, Nocedal, Olivan, Príncipe, Larra, Silvela, Seijas Lozano, Rosell, Cardenera, Fernandez de la Hoz, Camus, Pidal, Ferrer del Rio, fray Ceferino Gonzalez, Barrántes, Guerrero, Serra, Arnao, Sepúlveda, Corradi y Vega (D. Ventura).

Hemos traducido al castellano trabajos literarios de reputados autores extranjeros, entre los cuales recordamos en este momento á Fenelon, J. P. Stahl, Zulma Carraud, Grimard, Macé, Mad. Girardin, Hawthorne, Biart, Muller, Francklin, Lemoine, Mons. Dupanloup, Deleyse, Grim, Bawr, Lamartine, Schmit, Montmain, D'Altemont, Montalembert y Perrault, sin contar otros muchos de menor importancia.

Los escritores españoles de más justo renombre nos han auxiliado también en nuestra empresa, hasta un punto que nunca podrémos agradecerles bastante; y repasando los tomos publicados se encuentran las firmas de las Sras. Grassi, Gomez de Avellaneda, Fernan Caballero, Armiño de Cuesta, Arenal, Pascual de Sanjuan y Baronesa de Wilson, y de los Sres. Arnao, Sepúlveda, Santisteban, Zorrilla, Trueba, Zamora y Caballero, Campoamor, Montes, Feu, Cortina, Serra, Diaz Benito, Olmedilla y Puig, Cancio Mena, Bastús, Lopez Fabra, Paraíso, Guerrero, Cotarelo, Benisia, Alonso y Rodriguez, Buxeres, Ossorio y Bernard, Caballero de Rodas, Hartzenbusch, Campodon, Fernandez, Rovira, Perez de Guzman, Sanmartin, Vargas, Torres Muñoz de Luna, Thuillier, Pascual, Ruiz Aguilera, Cortazar, Fulgoso, Castilla, Conde de Cheste, Moly de Baños, Falcon, Príncipe y Satorres, Ubillos, Álvarez, Valbuena, Gallego, Nombela, Fernandez Bremon, Martinez de la Rosa, Perez de Ibiza, Reig y Llopis, Chaves, Janer, Repullés, Perez de Liébana, Gonzalo y Martin, Hurtado, Nuñez de Arce, Flores, La Roca, Bermejo, Jimenez, Muñoz y Ruiz, Vincent, Blasco, Bustillo, Retes, Pareja de Alarcon, Segade Campoamor, Cervino, Castillo y Soriano, Lopez García, Villar y Bustos, Aparici y Guijarro, Barrántes, Puig Perez, Madrazo, Cafranga, Acevedo, Frontaura, etc., etc.

Para la parte artística hemos con-

tado con la cooperacion de los reputados dibujantes Sres. Ortego, Padró, Zarza, Jimenez, Jalon, Fuster, Rivera, Miranda, Urrabieta, Gonzalez, Mariani, La Roca, Guisasola, Smit, Nao, Arrufat, Espínola y Herbert; y con los grabadores en madera Sres. Búrgos, Capúz, Severini, Rico, Traner, Perez, Sadurní, Masi, Toro, Hebert, Vela y alguno más.

La parte tipográfica es cada vez más esmerada, y todo, en suma, contribuye á que el periódico Los Niños sea una enciclopedia infantil, digna de su objeto y de los adelantos materiales de la época.

Para el año que empieza contamos con muchos y muy importantes originales que proximamente irán viendo la luz en nuestros números. En éste empieza ya la notable coleccion de artículos de nuestro constante é ilustrado colaborador el Señor Thuillier: tambien contamos con una guía geográfica que aclarará los puntos oscuros ó dudosos de la *Historia Sagrada*, una nueva *serie de retratos infantiles* y otros originales de historia, biografía, ciencias y artes, que al-

ternarán con los trabajos puramente recreativos. En esta seccion vamos tambien á emprender una obra verdaderamente monumental: vamos á dar á nuestros jóvenes amigos todos los consejos y planos que pueden necesitar para edificar un teatro de carton, pintarlo, decorarlo y contratar una numerosa compañía que represente toda clase de obras antiguas y modernas. Nuestro colaborador el Sr. Ossorio y Bernard está buscando arquitectos y pintores escenógrafos que le auxilién en su empeño. Mucho nos equivocaremos si esta idea no agrada á nuestros jóvenes favorecedores. Tambien daremos amenidad mayor al periódico con problemas, charadas y juegos de paciencia y habilidad.

Finalmente, el periódico Los Niños continuará siendo, como hasta aquí ha sido, un libro de consulta, un consejero celoso y un amigo que distraiga, acompañe y divierta á sus lectores.

Si esto consigue, quedarán plenamente satisfechos todos los deseos de

LA REDACCION.

DON SANCHO DÁVILA.

Nació D. Sancho Dávila en la ciudad de Ávila el 21 de Setiembre de 1523, siendo sus padres el noble don

Antonio Blazquez Dávila y doña Ana Daza. Despues de estudiar las letras y ordenarse de menores, pasó

á Roma, pero observando que los triunfos literarios son lentos, y que en épocas de guerra y de disturbios quedan postergados al bullicio de las armas, aviniéndose mal con su viveza de carácter, se propuso cambiar

la pluma por la espada, y los libros por el morrion y la coraza. Alistándose en los tercios del Duque de Alba, ya se hizo admirar desde luego por su valor y gallardía. Atravesadas las espadas en la boca, él y



D. Sancho Dávila.

nueve soldados españoles pasaron á nado el rio Alvis, y lograron añadir unas barcaas al extremo de un puente, por donde pasaron despues todas nuestras tropas. Por este medio se consiguió derrotar á los herejes y poner preso al Duque de Sajonia.

Felices fueron todos sus primeros ensayos, pero en 1550 ya tomó parte en la victoria contra los turcos, en donde el corsario Dragut quedó vencido, y tomada por asalto una de sus ciudades. El rey Felipe II le nombró en 1561 capitan de infantería, y se halló con las tropas del de Alba en

las empresas de Nápoles, de Roma y de Gelbes, quedando hecho prisionero, aunque por poco tiempo.

Ajustadas las paces, dice uno de sus biógrafos, volvió á España, y despues de visitar por órden del Rey las guarniciones de Valencia, atajó las correrías de los moros con la nueva ereccion del castillo de Berni, y de aquí pasó á Castellano de Pavía. Sólo la obediencia pudo estrechar á Dávila en el breve recinto de unas murallas; pero el Duque de Alba, que conocia de cerca el valor de su brazo, le trajo luégo á Flándes para sosegar las alteraciones que padecia. Levantó Dávila en Milan una compañía de caballos, y creado capitán de la guardia del Duque, prendió al Conde Agamont, persiguió el ejército de los rebeldes hasta Dalen, le deshizo del todo, tomó prisionero á Villiers, y en la batalla de Geminghen fué el primero que hizo cara al Duque Ludovico, señalándose tambien en evitar abrir las esclusas, que iban á inundar la campiña, y rompiendo con el enemigo, le sujetó y dió al Duque de Alba el mérito de una tan singular victoria. — En su marcha á Frisia escarmentó á los contrarios, arrojándose á nado con otros en el rio Groninga, en donde, sin embargo del peso de las armas, del agua á los pechos, y de vadear asidos á las colas de los caballos, los siguió, desbarató, y ganó muchas piezas de artillería y una bandera. — En la faccion de Tillemont se señaló con el

heroismo de degollar con otros españoles á más de tres mil hombres de lo principal del ejército del príncipe de Orange, obligando á éste á levantar el sitio. Siendo castellano de Ambéres, socorrió, en el año 1572, no sin ardidés y fuerzas, á Middelburgo, capital de la Zelanda, y cerrando con el enemigo, que se retiraba á Rennes, ganó esta plaza, y en su puerto más de cuatrocientos bajeles, de los cuales, armando diez solos, abrió con ellos camino por enmedio de treinta de los contrarios, quemándoles su capitana, y adquiriendo por esta victoria el sobrenombre de *rayo de la guerra*. Ganó á Mons, y se hizo memorable en el socorro de Gaes.

Queriendo Felipe II premiar tan importantes servicios, le nombró capitán general de la costa de Granada en el año 1578. Fué luégo á la guerra contra Portugal de Maestre de campo general con el Duque de Alba; conquistó á Villaviciosa, y despues de haber hecho la jornada de Larche, al volver á Portugal para la defensa del reino con el Duque de Gandía, falleció en Lisboa el 8 de Junio de 1583. Su cuerpo fué trasladado á la capilla de su patronato en Ávila, contándose entre sus descendientes otros hombres ilustres, y entre ellos, en nuestros dias, el sabio y prudente Marqués de Miraflores, que fué, hasta que murió, uno de los más firmes sostenes de la dinastía de la reina doña Isabel II.



FRAGMENTOS MORALES (1).

XXI.

Nace la flor y muere;
 El duro roble arranca el vendaval;
 Al altivo palacio el fuego hiere:
 Todo, todo, mis niños, es mortal.
 De cien generaciones cubre el suelo
 Los restos confundidos por do quier,
 Y el hombre funda su mezquino anhelo
 En encontrar la vida de un ayer.
 Todo cuanto ha vivido
 Cesó de ser: su lumbre concluyó,
 Como la débil luz que el viento ha herido
 Y su brillo fantástico apagó,
 Y en este campo de dolor y muerte,
 Que cruza el hombre con altivo pié,
 Sólo él se muestra fuerte:
 Vigor le presta la cristiana fe.
 Pues si nace la flor y la flor muere,
 Y el duro roble arranca el vendaval,
 Y al altivo palacio el fuego hiere.....
 El alma es inmortal.

XXII.

Nunca á la hipocresía
 Tengais por compañera,
 Nunca vuestra palabra
 Disfrace vuestra idea;
 Nunca marchen discordes,
 Y en direccion opuesta,
 Del pecho los latidos,
 Los ecos de la lengua.

XXIII.

Los que naceis humildes
 Cobrad consuelo,
 Pues las torres más altas
 Vienen al suelo.

Dios, al ser hombre,
 Para el ejemplo darnos,
 Quiso ser pobre.

XXIV.

Da la severa Historia en sus lecciones
 Ejemplo que encamina á la prudencia;
 Las gratas y poéticas ficciones
 Forman la juvenil inteligencia;
 La ciencia matemática nos guia
 Y penetrar nos hace mil arcanos;
 La audaz Filosofía
 Hace soñar á todos los humanos;
 Nuestras pasiones la moral enfrena
 Y la Ciencia de Dios el alma llena.
 Así diciendo un pensador profundo,
 De quien por brevedad omito el nombre,
 Nos quiso demostrar que en este mundo
El estudio reforma el sér del hombre.

XXV.

Adquirir fama es difícil,
 Conservarla mucho más;
 El jóven debe adquirir,
 El anciano conservar.

XXVI.

Todo en el mundo es útil,
 Hasta las faltas:
 Si propias perjudican,
 Ajénas salvan;
 Pues con su ejemplo,
 Si evitarlas logramos,
 Serémos buenos.

XXVII.

— ¡Yo soy materialista! dice acaso
 Un pobre sabio de la edad moderna.

(1) Véanse los tomos anteriores de LOS NIÑOS.

—Muy bien, señor: concedo los progresos
De toda vuestra ciencia.
Imitad la figura de algun hombre;
Sutilizad labrando la materia:
Ya está completo el maniquí, que os honra:
Su forma es tan artistica cual bella.
Ahora, sólo un detalle necesita;
Inculcad en su mente alguna idea.....

¿Que es imposible, me decís? Entónces
¿De qué os sirve la ciencia?
Si el espíritu anima al cuerpo humano,
Y sólo tiene el maniquí materia,
Habréis hecho un reló que es muy bonito.....
Mas le falta la cuerda.

M. OSORIO Y BERNARD.

CRISTÓBAL COLON EN BARCELONA.

Cristóbal Colon, al regreso de su primera expedición al Nuevo Mundo, por su genio y su constancia descubierto, quiso descansar algunos días en el pobre monasterio de la Rábida, á cuyas puertas habia llamado en otra ocasión, pobre y olvidado, pidiendo un pedazo de pan para su hijo Diego. Cristiano y padre ántes que todo, deseaba dar gracias al cielo por el éxito de su empresa y abrazar á su hijo, que habia quedado en España al cargo del prior Perez de Marchena.

Los Reyes Católicos entre tanto, noticiosos ya de su regreso y su triunfo, por el mensajero que el almirante les habia enviado desde Lisboa, le preparaban en Barcelona un recibimiento digno de su persona, de sus altos servicios y del resultado que para la corona de Castilla habia tenido el arriesgado viaje de exploración, ejecutado por el navegante genovés. La nobleza española acudió allí de todas las provincias, para hacer más ostentoso el recibimiento, y Cristóbal Colon entró como triunfador y monarca de futuros reinos.

Los indios que le acompañaban y que habian sido traídos á España como una prueba viva de la existencia de otras razas humanas, pobladoras de las nuevas regiones descubiertas, marchaban á la cabeza de la comitiva, siendo objeto de la pública curiosidad su cuerpo pintado de vivos colores y sus adornos de oro y perlas: las aves, las plantas desconocidas hasta entónces, las piedras preciosas recogidas en el nuevo continente, iban colocadas en vasijas de oro y conducidas por esclavos negros. A su paso se escuchaban los más absurdos comentarios, fomentados por los marineros que habian acompañado á Colon, y en quienes lo maravilloso habia hecho mayor impresión que la riqueza real de las nuevas regiones que habian visitado. Colon, montado en un caballo de palacio, ricamente enjaezado, seguía á sus tesoros, escoltado por una muchedumbre de cortesanos y guerreros. Todas las miradas buscaban el mismo punto: el rostro de aquel hombre inspirado por el Cielo, que habia roto el misterio de los mares,

y en cuyas nobles y serenas facciones resplandecía positivamente el sello del genio. La fisonomía de Colon reunía el vigor de la eterna juventud á la severa gravedad de los años, y su emocion y su piedad se retrataban en sus ojos. El pueblo de Barcelona le arrojaba palmas y flores á su paso, y como dice un escritor de la época, «ninguno se media por él: todos creían ver al hombre más grande y al hombre más favorecido del cielo.»

Los reyes doña Isabel y D. Fernando le aguardaban sentados en su trono, y al verle se pusieron en pié, como si tuvieran delante á un enviado del cielo. Despues le hicieron sentar á su mismo nivel y escucharon la relacion prolija y circunstanciada de sus viajes y descubrimientos. Al acabar Colon de hablar, al finalizarse el relato solemne y poético de su empresa, los Reyes Católicos, que más de una vez habian dejado escapar copioso llanto de sus ojos, caye-



ron de rodillas y entonaron el *Te Deum*, por la mayor victoria que el Todopoderoso concedió jamas á soberano alguno.

¿Cómo habia de presumir entonces Cristóbal Colon que habia de escribir un dia á su hijo las siguientes líneas?

« Si quiero comer ó dormir tengo que llamar á la puerta de una posada, y muchas veces no tengo con qué pagar mi cena y cama. »

¿Cómo podia imaginarse entonces Cristóbal Colon que las intrigas de algunos ambiciosos le habian de traer cautivo y encadenado á España desde las regiones descubiertas por él?

Pero el almirante genovés poseyó siempre la grandeza del verdadero genio; recordaba las eminentes virtudes de la Reina Católica, que habia puesto al servicio de su idea las joyas de la corona, y al dictar su testamento desde una posada de Segovia, incluía el siguiente párrafo, tan propio del carácter caballeresco de su tiempo: « Que mi hijo sirva al Rey, á la Reina y á sus sucesores hasta la pérdida de sus bienes y de su vida, pues despues de Dios ellos son los que me han suministrado los medios de efectuar mis descubrimientos. »

X.

ESCENAS INFANTILES.



Papá, Papá, un beso, y hasta mañana.

Todas las noches el niño se despide así de su papá; luego la mamá le acuesta, le abriga y le hace rezar con ella, pidiendo á Dios que dé salud y tranquilidad al honrado padre, al jefe de la familia, que es el que le ha de enseñar á ser hombre bueno y virtuoso.

LA HISTORIA DEL CUERPO HUMANO.

LECCIONES INFANTILES DE FISIOLÓGIA.

UNA NOTICIA IMPORTANTE.

Hace mucho tiempo, niños queridos, que terminé en esta Revista mi humilde trabajo *La Geometría de los niños*.

¿Os acordais?

Si vosotros, actuales lectores de esta publicacion, lo fuisteis ántes, debo suponer que no habréis olvidado los mil incidentes de la cátedra de Carlitos, el infantil profesor; que no habréis olvidado lo que os dije en el último artículo de la citada *Geometría*.

¿Qué será?

Hé aquí la pregunta que os haceis, sin duda alguna, y que deseais ver contestada.

¿No es así?

Lo supongo: para cumplir vuestro deseo no tengo más que haceros fijar vuestra atencion en el epígrafe de este primer articulito.

¿Una noticia importante!

Seguramente lo es, lectores amados; seguramente es importante para vosotros lo que voy á deciros de Carlos, mi amigo queridísimo; de Carlos el profesor, que tantas veces ocupó ya vuestra atencion en números varios de Los Niños.

¿Cuál es la noticia?

Voy á comunicárosla: si no lo hiciera, temeria que empezerais á gri-

tar, hasta no dejarme escribir una letra.

Sabed que mi amigo, el infantil profesor, va á explicar una nueva materia á sus antiguos compañeros y discípulos y á algunos otros que ahora podrán oír sus explicaciones.

Ya sabeis, pues, la importante noticia; ya quedais complacidos.

Y me diréis que si vosotros no asistis á las explicaciones de mi amiguito, nada importante encierra lo que os he comunicado. Tal vez fuera así, si yo no pensára exponeros la ciencia explicada por Carlitos del mismo modo que lo hice con las explicaciones de la primera, de la celebrada clase de geometría.

Hé aquí, pues, que vosotros habeis de oír á Carlitos en su cátedra; pues si tal no sucede real y verdaderamente, el transcribiros yo las palabras de mi amiguito, supone la misma cosa y produce efecto idéntico.

Debo explicaros la causa, la razon de este suceso.

Hace varios dias recibí recado del padre de Rafael, aquel inteligente niño en cuyo jardin hubieron de darse las lecciones de geometría.

Y el motivo de su llamada no era otro sino auunciarme cómo bien pronto habian de repetirse las expli-

caciones de Carlitos, bien que ahora no fuesen dirigidas á exponer la misma ciencia y sí otra distinta.

Esto, niños queridos, no tenía nada de particular: era muy natural que se me anunciara el suceso, ya que yo habia sido cronista de la primera cátedra.

Por lo mismo prometí puntual asistencia esta vez, con tanta más razon cuanto que no sabía una palabra de la ciencia fisiológica.

Al exponer esto mismo á mi buen amigo el papá de Rafael, hube de quedar admirado sabiendo que no sólo exigia de mí la asistencia á la clase, sino que esperaba que yo fuese fiel historiador de la misma, aprovechando para ello esta bella *Revista de instruccion y recreo*.

Mi asombro fué inmenso, tanto que no pude ménos de exclamar:

—Usted se chancea, mi amigo; sin duda V. no sabe que yo soy un ignorante de siete suelas, y que no he conocido ni por el forro la ciencia que pretende explique.

—No es V. quien ha de explicarla; esto lo hará Carlitos: V. no hará más que repetir las explicaciones de éste, como lo hizo con la *Geometría*.

Estas palabras me dejaron suspenso: me habia olvidado, niños queridos, de que yo habia tenido el atrevimiento de hablaros de un asunto del que nada entendia. La cuestion, pues, estaba perdida por mí: si yo habia podido salir adelante con mi empresa en la explanacion de las primeras lecciones de mi querido amigo el profesor infantil, seguramente

podria hacer ahora lo mismo. Estaba comprometido; no tenía por dónde evadirme.

No obstante, procuré emplear el último recurso: al efecto dije á mi buen amigo:

—Pero ¿no comprende V. mi comprometida posicion si por casualidad no pudiera sacar adelante mi empresa? ¿Qué no diria el Sr. Frontaura si *La Historia del cuerpo humano* quedase sin concluir?

—No llegará ese caso: si sucediera, yo escribiria una carta al Director de Los NIÑOS, explicándole cómo era mia toda la culpa.

—Eso no evitaria el que yo quedase mal parado, dejando burladas las esperanzas de los lectores.

—Vaya, vaya, me dijo mi inexorable amigo, diga V. que no tiene valor, y no procure hacer creer otra cosa.

Ante esas palabras ya no habia remedio posible, fué preciso decidirse, y me decidí; pero al hacerlo, hube de asegurarme en la idea de manifestar al principio de mi trabajo, no sólo la causa que lo motivaba, sino tambien mi completísima ignorancia en el asunto que iba á tratar.

Y vosotros podeis decir si lo he cumplido: yo os lo he dicho, para que luégo no vengais con exigencias: no sé ni una sola palabra de fisiología.

Cuando ya habia hecho solemne promesa de escribir para vosotros las lecciones de Carlitos, púseme casualmente á hojear un tomo de esta bella publicacion: ¡horror! la casua-

lidad llevó mis ojos á la misma página donde tenía fin la *Geometría de los niños*: allí leí las benévolas frases con que el Sr. Frontaura se dignó terminar mi pobre obrita; y al leerlas, mi valor desmayó por completo.

No, me dije, no puedo, despues de esto, exponerme á una terrible derrota.

Y diciéndolo, me dirigí otra vez á casa del papá de Rafael, y le manifesté la causa por que retiraba mi promesa, retractándome de mi propósito.

¿Qué creéis que obtuve por respuesta?

Una sonrisa y las siguientes palabras:

—Ese miedo es infundado, y en último caso sólo puede suceder que el fin de este trabajo no sea tan digno, no se vea tan honrado como el otro.

Visto, pues, que no habia medio de convencer á mi amigo, que estaba poseido de una terquedad increíble, pudiera decir invencible, me resolví en conclusion, aunque corriera el riesgo de que *La Historia de mi cuerpo* diera al traste con mi pluma y me obligase á dejar á ésta abandonada y oxidada para siempre.

Pero ya he procurado que esto no suceda y he formado un convenio con Carlitos: éste se ha comprometido á acompañarme con sus conocimientos, á ilustrarme con su ciencia, haciendo así posible el que yo escriba para vosotros.

No deis, pues, por seguro más que

una cosa; vosotros, pequeños lectores de esta Revista, no deis por seguro sino solamente lo que voy á exponeros á continuacion:

En este trabajo, todo será de Carlitos; nada del que pone su nombre al pié de estas líneas.

No sé, niños queridos, si despues de todo habeis entendido la importante noticia.

Creo que sí, creo que todos sabeis ya que en el presente tomo IX de Los Niños empezarán las explicaciones de lo que es el cuerpo humano.

¿Y qué sacaréis de estas explicaciones?

Conoceros, queridos lectores, saber lo que sois, realizando así el objeto de la célebre inscripcion del templo de Delfos:

Conócete á tí mismo.

Dichosos, pues, vosotros si este trabajo os proporciona una parte de ese conocimiento, haciéndoos ver lo que sois, para que luégo los años hagan que podais poseer el conocimiento de lo que moralmente valeis.

Me olvidaba de una cosa.

Dios quiera que el director de Los Niños no tenga que arrepentirse de haber dado acogida á este pobre trabajito; Dios quiera que no llegue á recibir la carta del papá de Rafael.

Ya, pues, os hablaré del profesor y de su cátedra infantil en otros números de Los Niños.

Por hoy basta y sobra.

E. THUILLIER.



EL TRIUNFO DE LA MISERIA.

LEYENDA.

La Miseria corre sin cesar por el mundo espiando á los perezosos, los imprevisores y los desanimados para apoderarse de ellos.

Cansada un dia de golpear á la puerta de los atrevidos y valerosos pobres que la rechazaban, cantando, con los instrumentos de su oficio, se deslizó poniéndose al acecho bajo los balcones de las fondas. Esperaba encontrar en alguna de aquellas casas grandes algun borracho ó negligente portero que olvidase cerrar las puertas para hacer un buen negocio; porque una vez que consigue introducirse en alguna parte, es raro que no se enseñoree en ella. No es creíble, por lo tanto, que sólo le gusten las chozas: los ricos palacios despiertan particularmente sus deseos; porque en ellos hay más materia que devastar y dura el placer largo tiempo, ántes que acabe de destruirlo todo.

Después de haber errado algunos instantes, la Miseria llegó al palacio de un gran pródigo, hombre lleno de confianza en su riqueza y su destino, ciego para lo que poseía y que había hecho agrandar las ventanas de su palacio, por no juzgarlas sobrado anchas para arrojar por ellas su dinero.

El portero no se hallaba en su pues-

to. Estaba ocupado en vaciar las botellas del Pródigo con otros tunantes de su ralea.

La Miseria sonrió alegremente á la vista de la puerta abierta de par en par, y subió la escalera sin apresurarse. En los peldaños encontró muchas gentes que iban y venían, cargadas de despojos. La mayor parte no fijó la atención en ella; pero los que la reconocieron empezaron á burlarse, diciendo que hacía bien en subir, lo que aumentó su alegría anterior.

Escuchábanse los sonidos de la música. Las ruidosas risas y los alegres gritos resonaban en el salón, donde daba el Pródigo una fiesta.

La Miseria se detuvo en el umbral de la sala y se puso á considerar con un placer maligno lo que pasaba en ella. En aquel momento una misteriosa influencia emanada de ella se dejó sentir entre los convidados: la fiebre redobló en aquella multitud que se oprimía al rededor del Pródigo.

Éste se hallaba en medio de la sala recostado en su sillón. Era un mancebo grueso y alegre: incesantemente introducía el brazo en un cofre lleno de riquezas, que había á sus piés, luego lanzaba en todas direcciones puñados de oro que iban á

herir á éste ó aquél en los ojos, en el rostro, en el pecho, hiriéndoles sin que ninguno de ellos pensase en quejarse: no cabian en sí de gozo, prefiriendo, al contrario, ser así golpeados. El dueño de la habitacion arrojaba tambien algunos atadillos de papeles, billetes de banco y letras; pero al revolotear por el aire iban á quemarse por lo regular en las cien mil lámparas encendidas para la fiesta.

Aquellas mujeres, aquellos jóvenes, aquellos ancianos de vil é impudente rostro que se oprimian en torno del Pródigo, semejaban á los más despreciables animales. Cada vez que alguno de ellos, inclinándose, decia al dueño de la casa: «Sois el hombre más hermoso, de más ingenio, más magnífico del mundo», estaba seguro de recibir en recompensa alguna rica bolsa de tissú bien repleta. Pero no era esto bastante para saciar su sed de riquezas: tambien iban por todos los rincones de la sala, donde se hallaban amontonados en desórden, vasos preciosos, cofrecillos, telas raras, diamantes, monedas de oro perdidas, y sin que nadie se opusiera llenaban sus bolsillos. Las mujeres, para divertirse, hacian pedazos las más ricas tapicerías, agujereaban los cuadros y derribaban los candelabros, y todos al mirarlas reventaban de risa.

Los criados del Pródigo, por su parte, saqueaban la mesa del festin, recientemente abandonada, bebian los vinos y robaban la plata, haciendo gestos groseros é insultantes.

Toda aquella gente se mofaba del Pródigo, y bien considerado, era el palacio semejante á un hospital de las más feas enfermedades morales que pueden deshorrar al género humano.

Al rededor de una mesa de juego, algunas personas, con traza de aves de rapiña, se apoyaban en los hombros de otras, cayendo al suelo las más débiles. Sus rostros parecian no tener más facciones que unos ojos enormes, dilatados y fijos, cuyo brillo hacia relucir el oro sobre el tapete. Dos hombres, derribados en el suelo y pisoteados, aullaban de furia y dolor, y aunque no pudiesen ver lo que pasaba en la mesa, dirigian obstinadamente á ella sus ojos, cual si esperasen atravesar la madera de la misma ó el cuerpo de los que se hallaban en pié. Un tercero, encorvado al peso de los jugadores, habia caido de rodillas. Agarrábase con una mano á cuanto podia agarrar y casi ahogándose; pero siempre luchando con encarnizamiento extendia su otra mano hácia el Pródigo para pedirle más dinero, por haber perdido lo que ántes le diera. Pero como el Pródigo estaba vuelto de otro lado y no la veia, aquella mano desesperada se agitaba vanamente implorando socorro. En fin, detras del grupo, unos ladrones jugaban sin riesgo de perder, haciendo pasar á sus bolsillos las ganancias de los jugadores afortunados.

Más léjos se bailaba frenéticamente. Una música arrastraba á infinidad de hombres pálidos y mujeres cuyos sueltos cabellos azotaban el

rostro de los espectadores. Aquel desorden, aquella embriaguez, regocijaban á la Miseria: decidida, por fin, atravesó el dintel y puso el pié en el salon. Una especie de diablillo, oculto en la sombra de una columna (tal vez el demonio familiar de la casa) no bien la hubo visto cuando corrió hácia el rico:— Ten cuidado, le dijo, mira á la Miseria!

—Que sea muy bienvenida! repuso locamente el Pródigo, yo la despediré convertida en Fortuna. Soy bastante rico para dotarla y casarla con Pluton. Quiero libertar de ella al mundo.

La Miseria estaba vestida con extrañeza. Algunos gruesos harapos que habian sido antiguamente vestiduras soberbias, cubrian más que de ordinario la asquerosa delgadez de su cuerpo, y su boca trataba de sonreír. Era, en suma, una singular aparicion.

El Pródigo la juzgó más original que horrible, y la dirigió un amable saludo. Si la hubiese examinado atentamente, se hubiera espantado, pero ella tuvo la precaucion de taparle sutilmente los ojos con una venda invisible. La precaucion era casi inútil: aquel hombre no queria ver.

Tomóle de la mano y echándole al cuello un brazo descarnado como para acariciarle, «Vén conmigo, le dijo, soy tu amiga; quiero conducirte á una mansion desconocida, donde hallarás más reposo que aquí: te fatigas mucho bajándote para coger tanto oro, tu ánimo padece inven-

tando fiestas y nuevos medios de gastar tu dinero, comprando vinos, cuadros, tapices. Vén; yo te libertaré de todos esos cuidados: tu imaginacion no se cansará con esas penosas invenciones, gozarás en la indolencia, sin tener que hacer nada, ni aún tomarte el trabajo de comer.»

En su locura, tomó aquel hombre aquellas palabras irónicas por un discurso serio, y poco á poco se dejó seducir. Levantóse y la siguió. El diablillo de la casa comprendió que no era bastante fuerte para trabar una lucha con la Miseria, y empezó á apagar las lámparas y descolgar los cuadros, por más que en su interior sintiese que la casa se viera privada en adelante de sus adornos y sus fiestas.

Entre tanto el Pródigo, llenas aún las manos de oro, marchaba indolentemente guiado por la Miseria, que no le soltaba del brazo, en medio del estupor de los asistentes.

—Mucho me aprietas, la dijo por fin.

—Es para que nunca nos separemos, le repuso ella riendo.

En seguida apareció el cortejo ordinario de la Miseria. Una multitud de séres horribles invadió el palacio: cada uno de ellos llevaba un papel en que se leian estas palabras: *Cuenta, deuda, pagaré.*

—Avancemos más, dijo la Miseria.

Y el Pródigo, con los ojos vendados, bajó la escalera con ella.

(Se continuará.)

EL AMOR DE LOS AMORES.



El niño duerme; su madre no duerme, no descuida un momento al hijo de sus entrañas; observa todos sus movimientos, cuenta los latidos del tierno corazón, y se extasia, en fin, en la contemplación de la débil criatura, que lo es para ella todo en el mundo.